

Gabriela Henríquez maneja sus elementos de composición un poco apresuradamente, sin la técnica del profesional, pero con tan deliciosa espontaneidad que, aun el ambiente irreal o la modalidad artificiosa de algún personaje, adquieren, gracias a la viveza del relato, un carácter y un sentido verdaderamente realistas. Así en «Tan Solo el Mar» o en «El Jugador Frenético».

Pero no es siempre la fantasía la que juega papel predominante en la obra de la señorita Henríquez. Hay en su libro cuentos como «José Ramón» o «Tesoro», en los que las facultades narrativas se proyectan sobre nuestros campos y nuestras costumbres. «Tesoro» es un cuento no exento de humor, desarrollado con gracia y frescura naturales. Son, acaso, las páginas más flúidas y promisorias del libro.

En Gabriela Henríquez se perfila una novelista aún sin el dominio de los medios expresivos necesarios a su vocación, pero con ciertas condiciones poco comunes y que son básicas para la obra de todo escritor.—J. L. L.



UNA OBRA Y UN DESTINO, por *Alberto Ostria Gutiérrez*

En 1944 tuvimos el agrado de leer «Una Revolución tras los Andes», libro impregnado de fe democrática y escrito en un estilo de sobria elegancia, en que su autor, el Excmo. señor Embajador de Bolivia acreditado ante el Gobierno de Chile y ex Ministro de Relaciones Exteriores de su país, expone con valentía y en forma sugerente y amena la penetración nazi en América y especialmente, en la República hermana del altiplano.

Hombre de inquietudes espirituales, internacionalista de prestigio americano y escritor erudito, nos presenta el Excmo. señor Ostria una nueva obra, de tanto interés como la anterior, en que revela una vez más sus condiciones de hombre de derecho

y de intelectual de primera magnitud. Nos referimos a su libro «Una Obra y Un Destino», publicado por la Editorial Ayacucho de Buenos Aires en 1946, cuyo tema es la política internacional de Bolivia después de la Guerra del Chaco.

El tema de por sí apasionante y que se refiere a hechos en muchos de los cuales tuvo destacada actuación el autor, es desarrollado con brillo y con noble pasión por el talentoso diplomático boliviano.

Haremos en seguida una síntesis de su contenido.

En el prólogo expresa el autor que su propósito es dar a conocer la política exterior de Bolivia desde 1936 adelante, política ignorada tanto en la república referida como en el exterior y de la cual se ha tenido noticia sólo a través de la pasión política. Consigna un dato que merece destacarse: ha habido en el país hermano 191 cuartelazos en 118 años de vida independiente.

Estudia el Excmo. señor Ostria la política seguida por Bolivia con los países del Pacífico, y separadamente se ocupa de las relaciones de su patria con Perú y con Chile. Hay un hecho que conviene hacer resaltar en esta materia. El autor trata la aspiración boliviana de obtener un puerto en el Pacífico con altura de miras, con gran serenidad.

Seguidamente el libro se ocupa de la política de su país con los estados del Atlántico y proporciona novedosos e interesantes antecedentes relativos a los tratados que Bolivia ha celebrado con Brasil y Argentina.

Más adelante el Excmo. señor Ostria se refiere a las conferencias regionales e interamericanas desde el punto de vista de la diplomacia boliviana.

Termina la obra refiriéndose al destino de Bolivia, que no es otro que el de su progreso y conservación de su territorio, porque así lo requiere el interés de sus vecinos y de América del Sur en general.

El autor tiene en este capítulo páginas magníficas, por la elevación del pensamiento y por la hermosura de la forma.

En prueba de lo que afirmamos, reproduciremos casi íntegramente la página 351. «A cuatro mil metros sobre el nivel del mar, entre las cordilleras Occidental y Oriental—las dos cordilleras en que se bifurca la más larga del mundo, la cordillera de los Andes—, está el alto plano boliviano, el «promontorio de América», que dijera Humboldt, con una extensión de cien mil kilómetros cuadrados. Allí espejea un inmenso lago, quince veces más grande que el lago Lensan, en Suiza; el lago Titicaca, donde se hallan las islas del Sol y de la Luna. Es la zona de las riquezas minerales, el yermo, tierra parda, fría, sin árboles, rodeada de inmensos nevados, donde el viento azota sin cesar y donde el cielo tiene un color intensamente azul, que contribuye a dar mayor brillo a las estrellas, convirtiendo la noche en una prolongación del crepúsculo. Paisaje lunar, wagneriano, sobre todo en torno a ciudades como La Paz, donde la lluvia y el tiempo han pulido figuras y castillos fantásticos sobre la greda amarilla, roja o morada. «En descenso hasta los doscientos metros de altura, pero siempre a menos de mil, están los llanos de Bolivia, cubriendo una superficie de medio millón de kilómetros cuadrados. Es la zona tropical, la de los ríos navegables, donde el calor y la lluvia avivan la loca fecundidad de la tierra. Árboles gigantescos hacen el sol impenetrable. Peor aún que en el desierto, quien se extravía allí no vuelve a salir. Troncos, ramas, enredaderas, hojas que se pudren en el suelo, alimañas y fieras, todo lleva a la alucinación y al vértigo. Es el infierno verde, un mundo de ruidos y de silencios extraños, que se prolonga sin horizonte y casi sin fin.

«Alivio de los ojos, entre el infierno verde y el paisaje lunar, es el valle boliviano, donde desaparecen el frío, el viento y la nieve, y donde se detienen el calor tórrido y la lujuria del bosque. En el valle, sólo de lejos se insinúan el yermo y el trópico, entre los mil y los mil trescientos metros que los separan. Es la tierra de las cascadas cristalinas, de los huertos floridos, serena y tibia, donde pacen los rebaños y donde en los atardeceres se oye, ro-

dando por las quebradas, la dulce melodía del charango o de la quena».

Creemos que la manera más justa de expresar nuestro juicio sobre el libro a que hemos aludido, es manifestar nuestro deseo de que el Excmo. señor Ostria continúe su labor de publicista, porque así se deleita el espíritu de los lectores de la América hispana.—ROLANDO PEÑA A.



LA NOCHE Y LAS PALABRAS, por *Eduardo Elgueta Vallejos*.  
(Editorial Cultura, Colección «La Honda»). 1946.

Si esta colección que consta de doce volúmenes, y que ha sido dirigida por el novelista Nicomedes Guzmán, no hubiese dado al público otros libros que «Golfo de Penas», de Francisco Coloane, «Sinfonía en piedra», de Raúl Norero, «La casa junto al río», de Gonzalo Drago, y «Sewell», de Baltazar Castro, tendría méritos suficientes para ser considerada entre los grandes éxitos alcanzados por una Editorial chilena.

«La noche y las palabras», el volumen que cierra esta colección, nos presenta a Eduardo Elgueta Vallejos con casi todos los atributos de un prosista fogueado.

La fuerza de sus relatos, el relieve de sus personajes y el buen gusto para alejarse de lo autóctono pintoresco, dan a esta su primera obra las firmes características de una personalidad promisoría en la literatura de Chile.

La lectura de este volumen no nos deja la impresión de estar frente a un escritor novel. Sabe decir bellas cosas, y decir las tan bellamente como en esas palabras con que, a manera de prólogo, nos explica su posición ante la vida. «Alguna vez también el mundo puso al pie de mi desconsuelo sus renovales de esperanza, y vi que las nubes son grises porque ellas mismas se hacen sombra. ¡Y el latido hondo del tiempo perduraba en